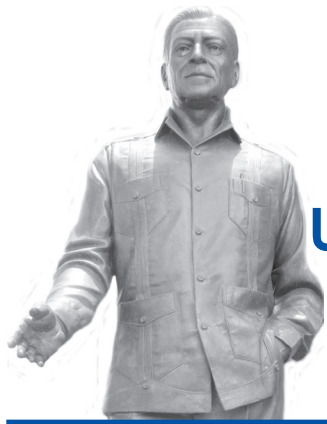




Una supuesta locura

(4 de enero de 1959)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2601

DOMINGO 19 DE JULIO DE 2020

Paseo de las Parotas,
carretera a Comala.
Foto: Efraín Medina.



ESCRIBEN: Gerardo Cham, Miguel León, Magda Escareño, David Huerta, Leopoldo Barragán, Adriana Malvido, Juan Grajeda, Azul Sevilla, León Mendoza y Carlos *Caco* Ceballos.

Urbanismo del alma

Miguel Ángel León Govea

Estamos escribiendo el mismo poema en torno a la pandemia.

El miedo a la vida, el miedo a la muerte,
las calles vacías, nuestro urbanismo del alma.

Estamos cantando, pintando
nuestra propia explicación del confinamiento,
llorando-riendo los límites comunes:
la casa, el barrio, la ciudad.

Estamos creando —más allá de la ciencia—
nuestra propia vacuna para el temor en demasía.
Estamos actuando nuestra propia versión
del film humano bajo amenaza.

Y en nuestro cadáver exquisito
añoramos la ciudad,
ese cuerpo amorfo o vertivertebral
creado a nuestra imagen y semejanza.
Nunca el cemento tuvo tanto poder de memoria.
Nunca nuestras urbes fueron tanto nuestros cuerpos.

Imaginamos el futuro-abrazo imaginario
porque no queremos que “abrazos virtuales”
se conviertan en paradigma.

¿Has visto las imágenes de los abrazos
a través de un plástico?

Es como el mundo,
como el condón que cubre los océanos,
hoy.

Y no es lo mismo.

Estamos escribiendo el mismo poema en torno a la pandemia,
y en este momento infringimos las reglas
al tejernos la palabra,
y tocarnos.





Filosofía de la pendejez

Leopoldo Barragán Maldonado

*De cuando en cuando
es agradable ser estúpido.*

Séneca

El lunes 13 de julio, a las 8:30 de la mañana, me dirigí hacia un taller cercano, tenía que esperar a un albañil para que hiciera reparaciones debido a la fuerte lluvia del sábado anterior. Cuando me aproximaba, me di cuenta que había olvidado las llaves del candado; posteriormente, me trasladé a mi café favorito, pedí un frapuchino, pero como a las 11:45, le cayó una mosca; de regreso pasé por la estación de servicio donde regularmente cargo gasolina, y se me olvidó hacerlo; más tarde, llegué a una farmacia de descuento, iba a entrar pero recordé que no traía cubrebocas; después, volví a casa para continuar armando un modelo a escala, pegaba pequeñas partes de la torreta, repitiéndome que no debería perder ninguna, sin embargo, al colocar la última, presioné de más las pinzas y la diminuta pieza salió volando, no la encontré; miré el reloj y eran las 13:30 horas. No me quedó otra que hacer un balance existencial: ¡cinco tonterías en cinco horas exactas, una cada hora! Como todavía faltaba medio día por transcurrir, consideré pertinente suspender actividades y reflexionar en torno a tales desatinos.

¿Resulta significativo recapacitar sobre las torpezas de la vida cotidiana, o son nimiedades que no revisten ninguna importancia? Me inclino por la primera, porque si la cotidianidad transcurre de manera ordinaria, sujeta a determinados roles y rutinas preestablecidas en las que actuamos a manera de autómatas, programados por los petulantes prejuicios de aquello que llamamos ‘normalidad’, creyendo que todos nuestros pensamientos y conductas son racionales y coherentes, entonces no tendría caso cuestionarse por el sentido de la existencia, ya lo había dicho Ortega y Gasset: “lo cursi arropa”. Creer que somos perfectos y que no tenemos un pelo de tontos, es una pedantería. Viene al caso recordar el aforismo 201 que Baltasar Gracián escribió en su célebre *Oráculo manual y arte de prudencia*: “son tontos todos los que parecen y la mitad de los que no lo parecen. Alzóse con el mundo la necedad, y si hay algo de sabiduría es estulticia... pero el mayor necio es el que no se lo piensa y a todos los otros define”. El jesuita español fue muy conspicuo en estos asuntos antropológicos, buen observador, seguramente nosotros también hemos identificado a más de algún crédulo optimista que piensa que todos somos pendejos, menos él. Einstein llegó a decir: “dos cosas son infinitas: la estupidez humana y el universo; y no estoy seguro de lo segundo”. Cierto, la estupidez es incluyente, abarcadora, universal; la pendejez es un muro infranqueable, no hay escapatoria.

No debe causarnos estupor el empleo de la palabra pendejo, es un vocablo con profundidad ontológica y resonancia existencial, hace voltear a cualquiera. El Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, la explica —en su primera acepción— como un adjetivo coloquial equivalente a tonto o estúpido. La pendejez o estupidez ha sido un tema abordado por científicos, poetas y filósofos; por ejemplo, John Locke la consideró como un “defecto de olvido y lentitud de la memoria”;

mientras que Kant la vio como un “defecto del juicio”, identificándola con la necedad. Discrepo de ellos, la pendejez no es ni olvido de la memoria, ni menos un defecto del juicio; por el contrario, es un bloqueo directo y temporal que la irracionalidad tiende a nuestras facultades cognitivas, una obnubilación inmediata de la inteligencia. En este sentido me aproximo más al concepto de Federico Sciacca, cuando la describe como el ‘oscurecimiento de la inteligencia’, sólo que el filósofo neoagustiniano, la relaciona a todos los que ‘niegan lo que no ven’. Por mi parte, la refiero a los que niegan lo que hacen, de ahí la pregunta crucial: “¿eres o te haces pendejo?”.

Los acontecimientos inesperados, las circunstancias imprevistas, cualquier momento insospechado en que súbitamente cometemos boberías, necedades y simplezas, son sucesos especiales, extraordinarios. ¿Qué excepcionalidad tiene olvidar las llaves del auto en su interior, o salir rápidamente de casa y olvidar el celular, tropezar en la banqueta, no recordar dónde dejaste la memoria USB, o no pagar a tiempo el recibo telefónico? Es cuestión de miradas y no de mentadas frente a la realidad. Schopenhauer “aseguraba que ningún ser, salvo el hombre, se sorprende de su propia existencia”. Pero la existencia humana se caracteriza por continuas tensiones entre los saltos racionales y los asaltos irracionales. La irracionalidad que expresamos a través de la existencia nos hace únicos, originales, al ponernos en la antesala del autoconocimiento. En los *Diálogos*, Platón narra que Sócrates increpa a Teetetes, diciéndole “La turbación es un sentimiento propio del filósofo, y el primero que ha dicho que Iris era hija de Taumas, no explicó mal la genealogía”; en este contexto debemos entender por Taumas el asombro, y por Iris a la ciencia y la filosofía.

El caso de Metrócles el cínico, es excepcional, según Diógenes Laercio, en su *Vida de los filósofos más ilustres*, nos cuenta que Metrócles, “estando un día en la lección se le escapó una ventosidad involuntaria. Tanto fue su rubor y pena que de ello le sobrevino, que se encerró en un cuarto con ánimo de dejarse morir de hambre. Sabiéndolo Crates, entró a él con el fin de consolarlo, y habiendo comido antes altramuces, lo trató de persuadir primero con palabras, diciéndole que ningún absurdo había cometido, antes sería cosa monstruosa no despedir los flatos según naturaleza, y luego soltando también él su flato, lo curó de obra y lo alentó con razones. Desde entonces fue su discípulo, y salió célebre filósofo”.

Reconocer nuestra pendejez no sólo es un acto de honestidad, sino de valor personal, es reencontrarse íntimamente consigo mismo, pero requiere decisión, determinación para saberse humano. Señala Paul Tillich en su obra *El coraje de existir*: “el valor es autoafirmación ‘a pesar de’, y el valor de ser como uno mismo es auto-afirmación del yo como sí mismo”. A pesar de que erramos, a pesar de que nos confundimos, a pesar de nuestras bobadas, a pesar de cualquier cúmulo de estupideces que cometemos día con día, no dejan de ser oportunidades para transitar por el camino de la reflexión, así como lo

trazó San Agustín con su principio: “si me equivoco, existo”. Grave sería tratar de simular y ocultar nuestra pendejez, ese cúmulo de errores, bobadas, tonterías, equivocaciones y estupideces cotidianas, jactándonos de no cometer ninguna de ellas, cuando sólo el sueño y la muerte nos libran de cometerlas.



A pesar de cualquier cúmulo de estupideces que cometemos día con día, no dejan de ser oportunidades para transitar por el camino de la reflexión, así como lo trazó San Agustín con su principio: “si me equivoco, existo”



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Una supuesta locura

Don Manuel Sánchez Silva

(4 de enero de 1959)

Entre sus innumerables amigos, el doctor Salvador González Ventura goza justificada fama de ser hombre inteligente, culto y exhaustivamente educado. Aparte de sus estudios profesionales, especializados en la difícil rama de la urología, ha cultivado con éxito la música y la oratoria. Debido al inexplicable abandono que ha hecho del arte primeramente mencionado, pocos saben que llegó a tocar el piano con envidiable ejecución y buen gusto, y que lee música con la facilidad de un director de orquesta. En cuanto a sus dotes de tribuno, es conocida su facilidad de palabra, que lo convierten en un orador fluido y elegante.

A estos atributos, que forman la personalidad atrayente del doctor, debe agregarse la fina ironía y el sentido del humor que le caracterizan y que han dado ocasión a innumerables situaciones festivas. Se divierte embromando a sus amigos, pero con el tacto propio de una persona que se preocupa porque la víctima de un chiste sea la primera en festejarlo.

Con motivo de los terremotos y del maremoto de 1932, que provocaron graves daños materiales y determinaron un estado de terror muy parecido al pánico, las personas más representativas de la localidad se reunían mañana y tarde para deliberar sobre las medidas que habrían de tomarse para hacer más llevadera la situación de los damnificados y reconstruir la ciudad. Entre los acuerdos aprobados estuvo el de enviar a México una comisión encargada de entrevistar al señor Presidente de la República y a otros importantes funcionarios a fin de exponerles de viva voz las condiciones que prevalecían en Colima y organizar la ayuda oficial y particular.

Aparte de otras personas, los señores doctor González Ventura y Eduardo Brun formaron parte de esa comisión, y todos se hospedaron en el hotel Isabel de la capital del país, donde los nombrados en primer término tomaron un cuarto y los demás una gran habitación, donde generalmente se llevaban a cabo los diarios cambios de impresiones, que muchas veces tenían el carácter de discusiones acaloradas, pues cada quien se obstinaba en hacer valer sus sugerencias, sin aceptar las contrarias.

En cierta ocasión, el doctor y Eduardo llegaron a la administración (que ya había tomado nota de las prolongadas y casi escandalosas polémicas que los colimenses sostenían a puerta cerrada) y preguntaron por sus amigos, pero como el alojamiento había sido solicitado por uno solo de ellos, el encargado no identificaba ni en el registro del hotel ni en la memoria, los nombres informados por los inquirientes. En vista de la dificultad, el doctor echó mano a un recurso:

—¿Sabe usted? Se trata del cuarto ese que ocupan los sinarquistas, que alegan todo el día...

—¡Ah, ya sé cuál! -exclamó radiante el empleado-, es el número 26... Por cierto que esa gente ya nos parecía sospechosa.

—¡Claro! -remachó el doctor-, y más que sospechosa, es peligrosa. Tengan cuidado.

De ahí en adelante, los ocupantes del cuarto en cuestión comenzaron a advertir que eran vistos y tratados con un cuidado que tenía mucho de vigilancia y más

de desconfianza, sin que pudieran explicarse la actitud del personal del hotel, hasta que mucho tiempo después supieron que habían estado fichados como sinarquistas y posibles complotistas...

A Eduardo Brun, que abomina de los confortables “springs” y “somieres”, y que para dormir prefiere la dureza de las antiguas camas de tablas, su ascético gusto dio lugar a que su amigo y compañero de cuarto lo hiciera objeto de su buen humor. Todas las noches, cuando ambos amigos llegaban a su habitación, Eduardo, con la ayuda del doctor, bajaba de la cama el colchón y lo colocaba sobre la duela del piso, donde durmió desde la primera noche. Al levantarse deshacían la operación y la camarera encargada del aseo y arreglo, encontraba todo normal. En una ocasión tuvieron que salir violentamente a una cita, y se les olvidó o no tuvieron tiempo de restablecer el orden del mobiliario, de manera que al entrar la empleada se extrañó viendo que el colchón de una cama se hallaba en el suelo y las sábanas con las huellas de que ahí había pasado la noche una persona. Reportó lo ocurrido a la administración y cuando horas después llegó el doctor, casualmente solo, el administrador, profesionalmente interesado en la comodidad de sus huéspedes,

trató el asunto:

—Señor doctor: la camarera que tiene a su cargo “hacer” el cuarto de usted y su amigo, me informó que uno de los colchones apareció hoy por la mañana en el suelo. ¿Acaso está mal alguna de las camas? Me apenaría mucho que ustedes hubieran notado determinada deficiencia...

—No se preocupe -contestó el médico-, todo está perfectamente. Lo que pasa es que mi amigo, el señor Brun, está algo... ¿cómo dijéramos?... algo “tocado” de la cabeza, usted me entiende... En mi carácter de médico y amigo de la familia, me han encomendado que lo traiga a México para consultar especialistas. Pero parece que la cosa no tiene remedio... Y eso de bajar el colchón al suelo es una de sus chifladuras... Sin embargo no vaya usted a alarmarse. El señor Brun es persona decente y completamente inofensiva... Yo le respondo de que no hará ningún destrozo...

A partir de esa conversación “estrictamente confidencial”, como reco-

mendó el doctor al administrador, Eduardo se extrañó al verse blanco de inusitadas muestras de atención, mezcladas con cierta expresión de miedo, de parte de todo el personal, sorprendiéndose de que en cuantas veces solicitaba algún servicio, se dirigía al ascensor o sencillamente paseaba por el “hall” del hotel, administrador, contador, telefonistas, camareras y mozos lo veían con una semisonrisa indefinible y se precipitaban para atender la menor de sus indicaciones, secreteándose entre ellos al mismo tiempo que de soslayo le echaban rápidas ojeadas...

Eduardo se alzaba de hombros, sin saber a qué atribuir aquello, y cuando lo comentó con el doctor, éste le dijo con la mejor de sus sonrisas:

—Es que estas gentes son muy correctas, muy afables y a lo mejor les has caído bien...

Fue mucho tiempo después, que el señor Brun pudo enterarse de la razón que hubo para ser tratado como lo fue en el hotel Isabel, cuando por boca de su burlón amigo supo que durante su estancia en el establecimiento había pasado por un enfermo mental, inofensivo, pero incurable...



Sara Baartman

Gerardo Cham

En 2010 se estrenó *Venus negra* del director francés Abdellatif Kechiche. La película está basada en episodios verídicos de Sara Baartman, una mujer africana que, en 1810 aceptó viajar a Londres, persuadida, bajo engaños, por Hendrik Cesar y Alexander Dunlop. Una vez en Londres fue exhibida en Picadilly, en una especie de *freak show* que anunciaba atracciones extraordinarias de tragafuegos, malabaristas, animales salvajes y personas que a los ojos de los espectadores de la época poseían curiosidades anatómicas dignas de ser mostradas morbosamente.

Sara Baartman era conocida como la Venus Hotentote. Hendrick Cesar la mostraba como un fenómeno salvaje debido principalmente a la prominencia de sus nalgas (esteatopigia). Esta fue una de las características que impulsaron a Hendrick Cesar a exhibirla en Londres, aunque sin duda actuaba impulsado por siglos de menosprecio racial hacia las mujeres negras africanas. En 1914 Cesar decide trasladarse con Sara Baartman a París. Ahí pactó con miembros del Muséum d'Histoire Naturelle para que pudieran hacer observaciones científicas, sin restricciones, al cuerpo de Sara.

Precisamente, hacia la segunda mitad de la película vemos el momento en que el famoso naturalista francés, Georges Cuvier, emprende una observación supuestamente científica del cuerpo de Sara. Cuvier, secundado por cinco colegas, todos varones, desean observar de cerca el cuerpo desnudo de la mujer “fenómeno”. Deseaban encontrar evidencias anatómicas “medibles” para convencerse de que esa mujer, debido a su constitución fisiológica debía parecerse más a los mandriles que a los seres humanos.

Investido de poder científico, Cuvier ordena a su colega Jean Baptiste Berré que acompañe a Sara al segundo piso, a su oficina, para que pueda quitarse la ropa en privado. En ese momento de la escena, el director, mediante acercamiento de cámara, dinamiza el pudor de Sara, como vía de preservación defensiva contra la degradación de su dignidad. De hecho, casi inferimos que Sara emprende la osadía de instaurar sus propias afrentas. ¿Cómo lo hace? El director nos da claves acercando nuestra mirada a la propia mirada de Sara. La guerra del pudor empieza a fraguarse mediante un discurso silencioso de miradas acechantes, siempre en disputa. Desde el momento en que Sara va subiendo las escaleras, la cámara desliza acercamientos rápidos a su rostro, en especial a su mirada, también escrutadora, pero cargada de absoluta desconfianza.

Una vez arriba, Barré le concede, si se puede usar el término, ciertas atenciones caballerescas. “Puede sentirse confortable”, “Pondré su bolso aquí” (en la esquina de un biombo). Incluso establece contacto visual con ella y se retira, como para darle un espacio más pleno de privacidad. Pronto sabemos que esa primera concesión al pudor de Sara, es en realidad una treta para que los señores naturalistas puedan conseguir lo que más les interesa: tener acceso libre

para medir, tocar y escudriñar sin reserva el cuerpo desnudo de una mujer Hotentota, a fin de encontrar características anatómicas semejantes a las de los simios. Especialmente les interesaba observar los genitales de Sara.

Una vez desnuda, Cuvier y sus colegas la rodean, todos serios, adustos, sin el más mínimo gesto de sorna; pertrechados en sus corazas profesionales. Cuvier clava la mirada en Sara. Es la mirada del cazador fisiognómico ante su presa. Mira, escudriña de arriba abajo. Busca formas, características, protuberancias, anchura de carnes, a fin de emparentar en su presunto y restrictivo orden moral, lo humano con lo animal.

Mientras tanto, Sara revolotea su mirada inquisitiva entre el suelo y la de sus escrutadores. En esa interdicción visual ocurre otro engaño al cobijo de pantomimas visuales. Le muestran una lámina racializada de tres mujeres completamente desnudas. Dos negras y una blanca al centro. Las tres parecen entrelazadas en un abrazo idílico. Uno de los ayudantes le dice que sus colegas necesitan hacer una descripción detallada de sus órganos reproductivos. Cuvier responde “Asegúrense de captar cada detalle”.

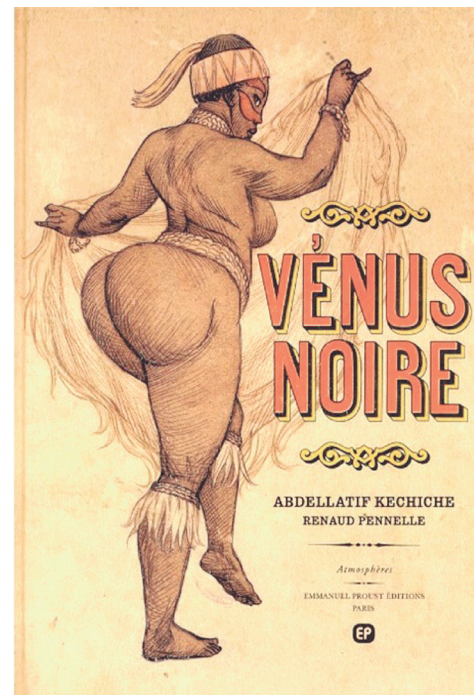
¿Por qué le interesaba tanto a Cuvier observar los órganos sexuales de Sara Baartman? Claude Blanc-kaert, autor de *La Vénus Hottentote. Entre Barnum et Muséum*, ofrece una respuesta de principio, cuando subraya dos impulsos que guiaban a Cuvier: obsesión jerárquica y voyerismo puritano. En efecto, igual que otros naturalistas, influidos por historias de viajeros, saturadas de mistificaciones racialistas, Cuvier subordinaba la supuesta corrupción de los africanos a la lubricidad y a los placeres libertinos. También mantenía fija la hipótesis de que, cuanto más “primitivo” era un mamífero, más pronunciados deberían ser sus órganos reproductivos, así como las pulsiones de sus instintos sexuales.

De manera que, básicamente Cuvier y sus colegas ven en Sara a una mujer de conformación grotesca. Para ellos el problema de Baartman no está fijado en su carácter, ni en su conducta moral. Quienes la sometieron a observaciones humillantes no buscaban elaborar una cierta cantidad de intervenciones específicas de “recuperación”. No se trataba de integrar a Baartman al listado de pequeños monstruos pálidos, bebedores, adictos, o seres desviados proclives a contagiar con sus malas conductas a la sociedad normalizada de su época.

Tampoco les interesaba hurgar en los comportamientos de su familia. Desde un principio quedaba claro que a Cuvier y su equipo querían estudiarla aislada, exclusivamente desde su corporalidad individual. Básicamente, en el confin estrecho de su propio cuerpo. No les interesaba nada que la singularizara como parte de una sociedad. Al contrario, lo importante era demostrar rasgos físicos de animalidad esencial para mantenerla al margen, si acaso como un ejemplar de zoológico. Fue así como inscribieron a Sara Baartman en la historia universal de la infamia.



En ese momento de la escena, el director, mediante acercamiento de cámara, dinamiza el pudor de Sara, como vía de preservación defensiva contra la degradación de su dignidad. De hecho, casi inferimos que Sara emprende la osadía de instaurar sus propias afrentas.



Libros y otras cosas

Armando Rojas Guardia (1949-2020)

David Huerta

El poeta venezolano Armando Rojas Guardia murió el pasado 9 de julio en Caracas. Es muy posible que su nombre no les diga nada a los lectores mexicanos, lo cual es una verdadera lástima; pero la explicación los exculpa: hace mucho tiempo los países de América Latina viven severamente incomunicados por razones históricas profundas, muchas de ellas crueles e injustas. Rojas Guardia era y es uno de los poetas mayores de la lengua española.

Leo, veo y escucho las tres palabras de su nombre –su nombre de pila y sus dos apellidos– y lo digo en voz alta: Armando Rojas Guardia, un perfecto heptasílabo: corrientes aguas puras, como las cristalinas aguas de Garcilaso de la Vega en las que los árboles se miran en trance de éxtasis. Desde luego, leo el libro de Rojas Guardia que en buena hora me llegó de Ecuador, desde la hermosa ciudad de Cuenca, donde él y yo nos conocimos en 2017. El libro se titula *El esplendor y la espera*, con el subtítulo informativo debajo: “Obra poética 1979-2017”.

Un editor ecuatoriano, Cristóbal Zapata; un poeta venezolano, Rojas Guardia; un lector mexicano: yo mismo. Estos tres latinoamericanos consagrados al arte y a la poesía mitigamos un poco, quiero creer, la incomunicación de nuestros países de la que hablé renglones arriba. Allá al fondo escucho el rumor del Tomebamba y veo las siluetas del Monte Ávila y el Ajusco.

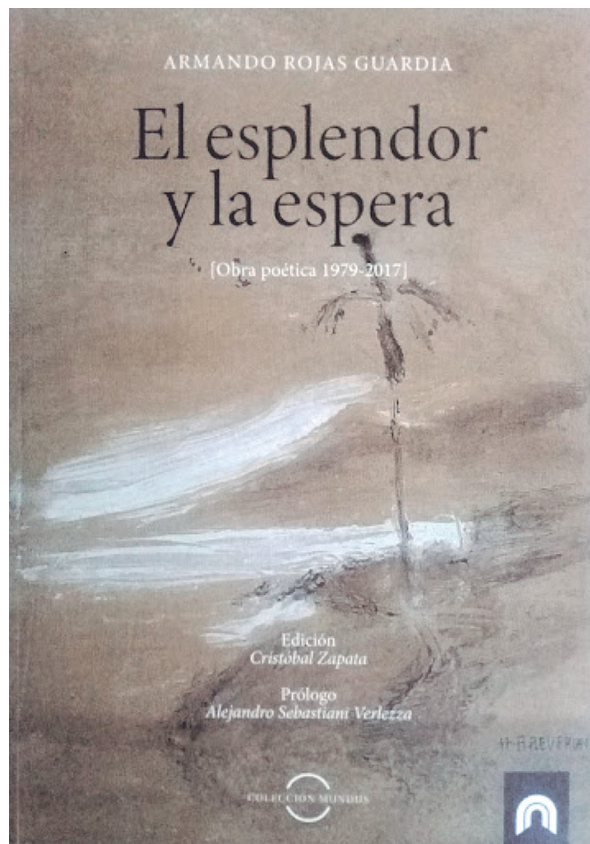
Veo las fotografías que tomé en Cuenca. En una

de ellas, Rojas Guardia aparece junto a Josu Landa, nuestro común amigo. Armando era alto y robusto, de pelo y barba completamente blancos. ¿Cómo describirlo? Un oso arcangélico, digamos.

Estuvimos en Cuenca solamente unos días y pronto descubrimos el modo de mirarnos a los ojos y de hablarnos con entera franqueza. Conversamos, por supuesto, de poesía. Le hablé de mi afición a Francis Jammes, y en especial de aquel poema sobre los burros que se presentan al Juicio Final conducidos ante Dios por el poeta. Me contó de sus talleres y de sus alumnos, y evocó los días de Solentiname. Nos dolimos de una muerte cercana, la de su paisano Rubén Ackerman. Le dije a Armando que le hablaría de usted puesto que era mayor que yo: me llevaba exactamente un mes.

¿Y su poesía, los poemas de *El esplendor y la espera*? En la perspectiva amplia del idioma hacen un papel espléndido junto a los nombres de mayor calado de nuestra época: Antonio Gamoneda, Raúl Zurita, Coral Bracho. ¿Terminó la “Pequeña serenata amorosa”, poema que comentó con Josu Landa por carta y que juzgaba como lo mejor que había escrito? No lo sé, pero habrá que buscar esa obra. Lo que sí sé es que escribo esta nota necrológica, este recuerdo triste del poeta venezolano, con la esperanza o la ilusión de que los lectores se acerquen a

las escrituras de Rojas Guardia en la forma que sea. Hay pocas cosas que valgan más la pena en estos tiempos que leer buena, magnífica poesía, como la de este venezolano maravilloso.



Escribo esta nota necrológica, este recuerdo triste del poeta venezolano, con la esperanza o la ilusión de que los lectores se acerquen a las escrituras de Rojas Guardia en la forma que sea. Hay pocas cosas que valgan más la pena en estos tiempos que leer buena, magnífica poesía.

Embrionario

Magda Escareño

Bondades:

II Baile estético:

La naturaleza se embriaga de danzas. No hay un sitio en donde no haga el viento, los ensayos. Donde las horas no se fatigan de tanto gozo en movimiento. El sonar del otoño, una sinfonía en cada hoja escrita. En los inviernos, de mayor crudeza, la nieve cubierta de silencio...

Razonamiento 3.0

Juan Kamino Grajeda*

No rechazo mi cuerpo lastimado,
ajado de desamor.

No rechazo la lluvia,
que a fuerza de caer
ha deslavado mi cabello.

Ni los rayos del sol,
que después de cuarenta veranos
han terminado por corroer mi piel.

No rechazo mis ojos miopes,
cansados de leer durante noches de insomnio,
ni las calles vagabundas que reclaman mis pies.

No rechazo nada,
ni siquiera tu olvido,
ni el de todos los demás que me olvidaron.

Es más,
no rechazo tu recuerdo
que constantemente golpea mis sienes y mi corazón.

Me pierdo en el espejo,
mirando lo que soy, lo que fui,
y de ambas cosas me declaro inocente e ignorante.

No rechazo esta instantánea
que me devuelve el espejo
y a la que poco a poco me voy acostumbrando
sólo para desconocer mañana.
Acepto,
y algunas veces hasta con vehemencia,
las lágrimas y la risa que no puedo controlar.

No rechazo el agrio de mi boca,
el instinto al alcohol, a la algarabía,
a la vida.

Pero tampoco te rechazo a ti,
ángel querido,
que algún día vendrás a posar tus plantas sobre mis rosas.

Que sé muy bien,
no vienes a cobrar cuentas, sino tiempo.

Que llegarás a besar estos labios,
a sostener este cuerpo derruido;
que vendrás con una caricia a curar mi conciencia.

No rechazo el abrazo de tus albas alas,
no rechazo ni temo a tu llamado,
porque así,
también así, he aceptado la vida...

**El autor ha participado en la antología Cinocéfalos (2017) y en el libro El mito de los hombres perro (2018), ambas obras de la colección Mezcalina. Durante 2019 colaboró en la revista El Cráneo y este año participó en la antología Ruta 08. Sus poemas han sido traducidos al alemán.*

Cambio y fuera

“La banda de Tulum”

Adriana Malvido

A sí bautizó al grupo la arqueóloga subacuática Carmen Rojas Sandoval. Se trata de cuatro mujeres y seis hombres cuyo origen data de entre 14 mil y 8 mil años atrás, es decir, constituyen los restos humanos más antiguos encontrados en América. Descansaban en el fondo de cenotes y cuevas sumergidas de Quintana Roo hasta que buzos especializados del siglo XXI dieron con sus huesos llenos de historia.

La arqueología subacuática cumple 20 años en México y lo celebra con la presentación en sociedad de 10 personajes hallados, del año 2000 a la fecha, en cenotes y cuevas de Tulum, depositarias de patrimonio arqueológico y paleontológico de relevancia mundial. Carmen Rojas, directora del proyecto “Cementerios acuáticos mayas” del INAH, introduce a esta “banda” de la prehistoria: “La mujer de Naharon”, de 13 mil 721 años, 1.40 metros de estatura y 53 kilos de peso, tenía de 20 a 30 años de edad cuando murió en una cueva, entonces seca, hoy a 20 metros bajo el agua. “La mujer de las Palmas”, de 12 mil años de antigüedad, tenía entre 44 y 50 años al fallecer, medía 1.52 y pesaba 58 kilos. Luce canosa y muy mayor en la reproducción digital de su rostro que logró la artista Ana Viniegras. La vida no era fácil en su época y eso viene a contarnos. “El abuelito de Muknal” tenía entre 44 y 55 años al morir hace 10 mil 290 años. “Chan Hol 1” fue depositado hace 10 mil 290 años en una cueva que, al hundirse bajo el agua, no alteró la posición fetal en la que lo colocaron. Al “Joven Chan Hol 2”, que tenía 20 años cuando murió, le creció en la cadera una estalagmita hace 13 mil años. Se sabe porque hoy ya pueden fecharse estas bellas formaciones calcáreas. La más alta de la banda es “Ixchel”, de unos 30 años, con 1.64 metros de estatura. Siguen los dos “Hombres del PIT” hallados a 42 metros de profundidad en los cenotes más hondos del sistema Dos Ojos. Tenían un cúmulo de rocas encima, lo que indica que el techo de la cueva colapsó en algún momento. Uno, de 13 mil 346 años y el otro de 9 mil 121. Se presume que cayeron al agua y sus huesos se dispersaron en el cenote. “El hombre del templo” tenía de 25 a 30 años al morir y

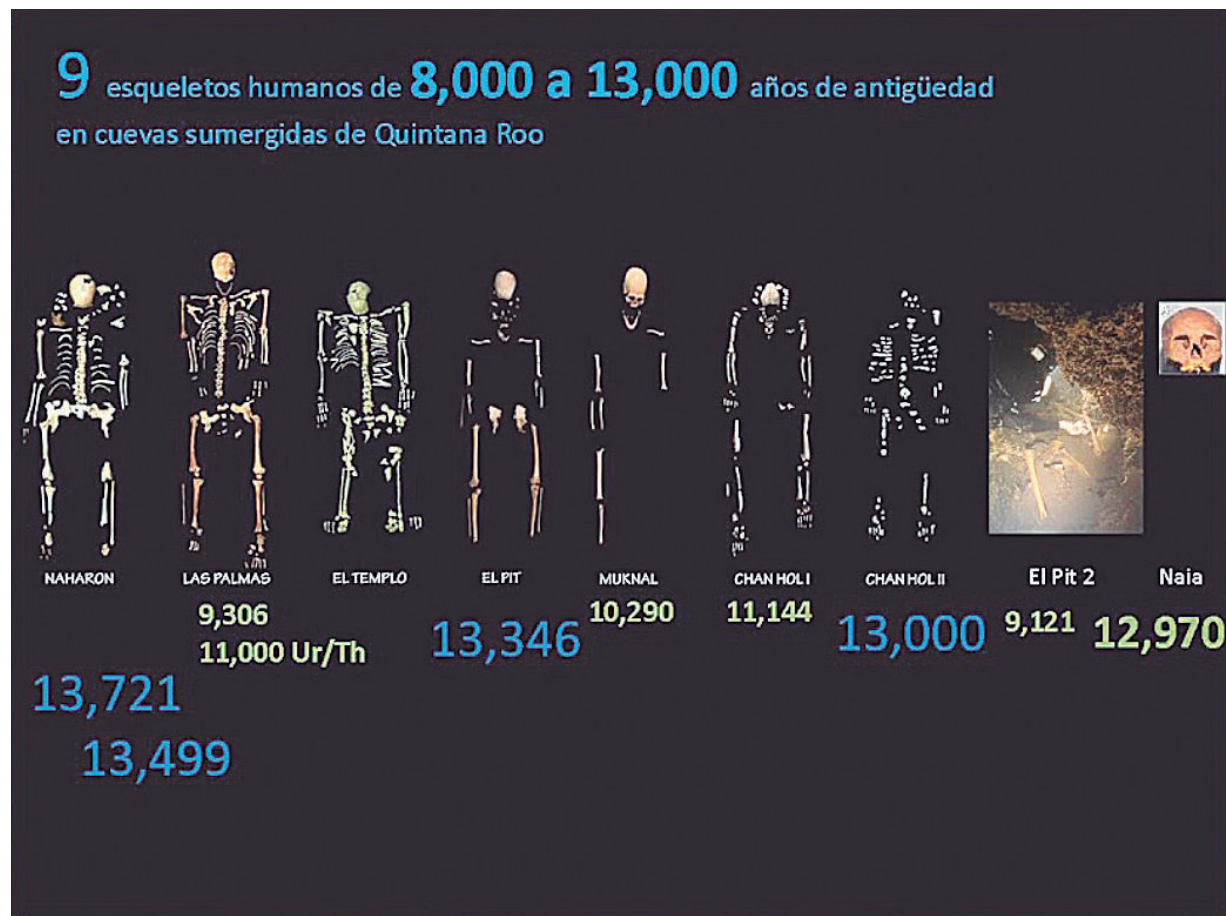
tardaron todo un año en reunir sus huesos. La ya célebre “Naia”, de 12 mil 970 años, tuvo una muerte trágica al caer a un abismo de 20 ó 30 metros de profundidad en el hoy conocido como Cenote Hoyo Negro, cuyas exploraciones dirigió la pionera Pilar Luna.

“La banda de Tulum” pertenece a la primera ola migratoria que llegó hace 14 mil años y habitó la región por lo menos durante 4 mil años (8 mil antes del presente). Durante una conferencia la semana pasada, organizada por Leonardo López Luján y el Colegio Nacional (ya accesible en YouTube), la joven maestra también mostró restos de la megafauna de la Era del Hielo hallada en las exploraciones: osos perezosos gigantes, tigres dientes de sable, camélidos, gonfoterios, jaguares, león americano... Contó que ya tienen un mosaico histórico del entorno natural de la región y de cómo los restos de fogatas de ignición humana dentro de las cuevas revelan modos de vida de estos grupos cazadores y recolectores muy anteriores a los mayas.

Inevitable una pregunta sobre el Tren Maya. Y Carmen, que sueña con que “la banda” un día se exhiba en el Museo Nacional de Antropología o en Cancún, asegura que no está en contra de proyecto social alguno, pero que hay en la ruta 35 cenotes y 20 cuevas secas con evidencia maya y, por lo tanto, serios riesgos de colapso si no se escucha a los científicos del INAH y se realizan las inspecciones debidas, con el tiempo necesario y “sin prisas”. Recuerda desplomes en lobbies de hoteles locales construidos sobre cuevas. Y el supuesto “socavón” reciente en la carretera de Tulum que resultó ser una enorme cueva subacuática. Ella misma se ha ofrecido a realizar trabajo de campo para buscar evidencias y poner el material en salvaguarda.

Carmen y sus colegas deben ser escuchados. Porque hablan en nombre de “la banda” y porque el rico patrimonio hallado en sus exploraciones es parte de la historia de la familia y de la identidad humanas.

adriana.neneka@gmail.com



Inevitable una pregunta sobre el Tren Maya. Y Carmen, que sueña con que “la banda” un día se exhiba en el Museo Nacional de Antropología o en Cancún, asegura que no está en contra de proyecto social alguno, pero que hay en la ruta 35 cenotes y 20 cuevas secas con evidencia maya y, por lo tanto, serios riesgos de colapso si no se escucha a los científicos del INAH y se realizan las inspecciones debidas.

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Las imprescindibles mentiras

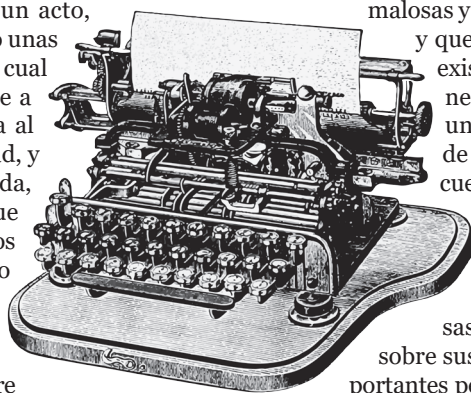
Carlos Caco Ceballos Silva

INVIerno 1994. La mentira es un acto, una serie de palabras, un “decir” o unas expresiones que, dichas en tal o cual forma, dicen o muestran algo que a juicio de las mayorías no está apegada al concepto que conocemos como la verdad, y la cual en algunas veces tan controvertida, enredosa o tan grande o tan pequeña, que en muchísimos casos es motivo de serios enfrentamientos filosóficos, históricos o prehistóricos, que al final queda la duda si aquello es mentira o es la verdad. Pero aquí, que sólo abordamos casos sencillos como son estos relatos, platicaremos sobre la mentira cotidiana, de barrio, de nuestra época y de lo que nos ha pasado, oído, disfrutado, reído o mortificado con las mentiras de nosotros mismos.

Según lo veo, la vida es tan rica en matices, que se divide y se subdivide en muchísimas categorías: las infantiles, las de la juventud, las de los casados, las de los novios, las de los políticos del PRI, las gubernamentales, las de los jugadores, las de los parranderos, las piadosas, las ponzoñosas, etcétera, etc.

Cuando niño, y no queriendo tomar mi leche, se la daba al gatito y decía que éste me la había quitado; se me caía la taza, y el perrito con su cola me la había tumbado; cuando no me podía dormir, Cuca, la nana, me decía: me acuso padre de todos los pecados que no me acuerdo, siendo que sí me acordaba de mis pleitos, de mis mentiras y de los besitos que me daba en mis cachetes mi nana Clamen y que mucho me gustaban a pesar de que apenas tenía ocho años. Ya que tenía los once y estaba en quinto año, echábamos la mentira de que no había habido clases y nos íbamos a los mangos a la Huerta de Álvarez; y ya cuando habíamos cumplido los diecisiete, por las noches salíamos dizque al jardín y no parábamos hasta llegar a las ventanas de la casa mala “La Suerte”; ahí nos deleitábamos platicando con las preciosas pecadoras, viendo a los grandes bailando los danzones sin salirse del ladrillo, y cuando regresaba, contestándole la pregunta a mi tía Adela le platicaba que andábamos dando la vuelta, o que habíamos ido a la carpa Rialto a ver una serie de Tom Mix.

Y así como fueron pasando los años, las mentiras se fueron haciendo más complicadas, unas más prejuiciosas y en muchos casos perjudiciales y molestas; desde luego, sin faltar las mentiras piadosas y las chistosas, que nos calman o que nos hacían reír. Y ahora, ya en la edad de los compromisos, además de las



malosas y prejuiciosas para causarnos malos ratos y que todos los hemos padecido al recibirlas, existen las “necesarias”, es decir, las que se necesitan para encubrir una llegada tarde, una pérdida en el juego o una aventurilla de las que todos echan sin mayores consecuencias. En mi largo transcurrir he topado con muchos mentirosos, muchos de ellos simpáticos, pues sus mentiras son bien acomodadas como las de Mora Gris; otras no tan divertidas, pero sí ingeniosas, pues las encaminaban a presumirnos sobre sus grandes amistades y relaciones con importantes personajes; otros sobre sus paseos y viajes que dejan atrás a Julio Verne, y otros émulo de don Juan

Tenorio nos divierten con sus emotivas narraciones eróticas y en todas ellas el “oidor” debe permanecer estático y con la boca abierta, para solaz del narrador de la mentira.

En mi caso, lo confieso que he sido muy creído cuando me cuentan de una enfermedad, una grave necesidad, etc. Y me ofrecen que el préstamo es poco y les entrego el dinero deseándoles lo mejor para la operación de la niña, la curación de la abuelita, el pago a la comadre que los va a demandar, para los gastos de la sobadora que le acomodará a la señora la matriz caída, etcétera, etc., y pasan los días, se llega el plazo, pasan más días y luego mando a empeñar la prenda y resulta

que es “chafa”, y así de fácil es como me han birlado mis centavos muchos vivales. Y en el mismo caso me ha pasado con los cheques; llega la persona y me dice: no alcancé el banco, en el banco hay mucha gente, voy a comprarle un pañuelo y me da el vuelto; yo me creo, se los cambio, el cheque me lo devuelve el banco por ser cuenta “cancelada” y así de sencillo vuelven a tomarme el pelo; en una ocasión compré unos cheques de la Tesorería de los Estados Unidos, el banco me los tomó y a los seis meses los regresaron explicándome que los cheques eran magníficos, pero que habían

sido robados, y así fue como la mentira nuevamente me salió bien carita.

Y como ya basta de mentiras, me permitiré sugerir a quien corresponde declarar los 28 de diciembre como el día de la mentira o de los mentirosos, para así tener nuestro día igual que lo tienen los compadres, los niños, las madres, los papás, los que trabajan, los difuntos, las comadres y los enamorados.

* *Empresario, historiador y narrador. †*

Tregua

León Mendoza

Duramos en guerra varios años pero ambos sabíamos que ninguno tenía la intención de obtener la paz. Era como fingir buscar nuestro terreno para ocultar las pocas horas de tregua donde realmente nos conocimos

Métete a la casa

Azul Sevilla

Recuerdo que cuando niña, con el sólo hecho de ver a mamá en el quicio de la puerta y con la chancla en la mano, sabía lo que me esperaba, por lo que entraba a la casa más rápido que en chinga. Todo por no atender a tiempo el primer o segundo llamado a que ya era hora de que regresara después de una larga tarde de juegos en la calle.

Pero antes, mamá ya había usado el típico grito: “Niña, métete a la casa”, esperando a que hiciera caso a la primera, pero no, yo seguía corriendo como chiva loca porque me había agarrado en medio de la “trais” y no quería ser alcanzada. Me perdía en medio de la “corredera” hasta la otra esquina de la calle.

Para pasar frente a la casa, transcurrían entre 10 ó 15 minutos, porque mis amigos y yo le dábamos la vuelta a la manzana y eso implicaba correr entre los carros, en los patios de otras casas, esconderse en los postes de luz o del teléfono público; avanzar y retroceder. Todo era risas. No parábamos aunque el cansancio era evidente.

Antes de doblar la última esquina, me pegaba al cerco de piedra y de reojo veía hacia la casa, pero ella estaba esperando en la puerta, para decirme nuevamente que me metiera; sin embargo, para “librarme”, pasaba como rayo y no le daba oportunidad. Aunque ambas sabíamos que esa ya contaba como el segundo llamado.

Por lo que a la tercera, ya no había grito, sólo una chancla en la mano. Eso era fatal, al menos un chanclozo me esperaba por no atender a tiempo, y si respingaba, tenía que bañarme con agua fría y me iba sin cenar a la cama.

Ahora entiendo que la mayoría de los colimenses espera ver a su mamá en el marco de la puerta con la chancla en la mano para atender el llamado del Gobierno a no salir de casa debido al estado de emergencia sanitaria por el coronavirus.

El domingo, por lo pronto, mi mamá me habló por teléfono y me advirtió el que debo quedarme en casa y no salir de vacaciones para evitar el contagio del Covid-19. Ya la imaginé en la puerta de mi casa con una chancleta en la mano, echándome el grito: “Métete a la casa”.